

Primera parte



Capítulo 1



Septiembre de 1920

Estaba lloviendo. Llovía cuando se fueron de Irlanda aquella mañana, llovía en el barco y seguía lloviendo ahora, en Liverpool, mientras esperaban que Paddy llegara y las llevara al lugar donde iban a vivir.

Brenna se movía impaciente, apoyándose en un pie y luego en el otro. Antes de que la noche acabara, los Caffrey tendrían una casa propia como era debido, donde el agua saldría de un grifo, y no fuera, de una bomba comunal. Y tendría un retrete donde lo único que habría que hacer era tirar de una cadena y todo desaparecía, nada de seguir vaciando cubos en el carro que venía una vez por semana y olía a rayos.

Estaba preocupada. ¿Dónde estaría Paddy? Se estaba retrasando mucho. Había prometido encontrarse con ellos en el muelle de la Princesa. El cielo, lleno ya de nubes negras, se estaba oscureciendo y, aunque sólo estaban en septiembre, hacía frío. La manecilla grande del reloj del bonito edificio que estaba enfrente había dado toda la vuelta dos veces: dos horas. Llevaban dos horas esperando.

—Mami, estoy cansado —se quejó Fergus, mientras le tiraba de la falda.

—Tu tío llegará muy pronto, cariño.

Al principio, Fergus, de seis años, y Tyrone, dos años menor, estuvieron entretenidos con la asombrosa visión del inacabable flujo de tranvías que llegaban haciendo ruido por la esquina, con chispas que salían de los troles, con sus luces que se reflejaban borrosas en el pavimento mojado. Pero ahora estaban aburridos. Brenna se había sentido bastante impresionada, no sólo con los tranvías, sino con los edificios, más grandes que cualquiera de los que nunca había visto, más grandes incluso que Nuestra Señora de Lourdes, adonde acudían a misa los domingos.

¡Y tanta gente! Cientos y cientos de personas que pasaban corriendo guarecidos bajo sus paraguas negros, pero disminuyendo ahora que subían a los tranvías, que los llevaban a Dios sabía dónde.

Más gente bajaba por los túneles en dirección a los ferrys que llevaban al otro lado del río Mersey.

Pensó que Liverpool debía de ser sin duda un lugar elegante y rico, porque todo el mundo iba muy bien vestido: los hombres con trajes, las mujeres con faldas tobilleras, chaquetas ceñidas y grandes sombreros de fieltro. Una mujer se tocaba con un sombrero de astracán y lucía un manguito a juego. Como algunos otros, la mujer había dirigido a Brenna una mirada muy rara. Debía de tener un aspecto deplorable con su chal negro y su larga falda, tirante sobre el hinchado vientre; con los viejos calcetines y botas de Colm con relleno de trapos en los doloridos pies. Le preocupaba que le dijeran que se marchase del lugar al final del túnel, donde ella y Fergus se cobijaban de la lluvia que arreciaba. Tenía preparada una respuesta aguda por si acaso, pero de momento no le había hablado nadie.

Según Colm, el lugar donde estaban esperando se llamaba el Pier Head. De vez en cuando, él se iba a dar una vuelta por si Paddy estuviera en otro lugar. Volvió por tercera vez.

—Ni rastro de él —murmuró.

Parecía preocupado, como era lógico. Habían enviado a Paddy las diez libras que Colm ganó en una apuesta. Fue un golpe increíble de buena suerte. Había ido a Kildare con el caballo y el carro a llevar verduras para el mercado y un americano, «cocido hasta las cejas», según Colm, le había dado un trozo de papel.

—Tome esto, amigo —había farfullado el hombre—. Estaré más que de vuelta en Estados Unidos cuando se corra la carrera.

—¿Qué carrera? —preguntó Brenna, cuando Colm volvió, muy orgulloso, y le enseñó el papel. Él confesó que no lo sabía—. ¿Qué pone ahí? —añadió.

Brenna sabía leer muy poco y escribir, aún menos, pero a Colm le habían enseñado los jesuitas en el pueblo donde había vivido.

—«Spion Kop.» Y arriba pone el nombre del hotel donde debía de alojarse el americano: El Hombre Verde.

Nada de aquello tenía sentido, pero resultó que *Spion Kop* era el nombre de un caballo que corría en Inglaterra, en el Derby de Epsom. La carrera ya se había disputado hacía tres días cuando Colm descubrió que *Spion Kop* había ganado.

En su siguiente viaje a Kildare, se presentó en El Hombre Verde y sacó el trozo de papel. Le dijeron que los huéspedes habían organizado una porra entre ellos y, según la lista, el ganador era el señor Thomas Doughty, un rico americano, no un vulgar obrero irlandés como él, que no tenía derecho a poner los pies en un establecimiento tan respetable.

Después de mucho discutir, y con la ayuda de un huésped amable que se puso del lado de Colm, diciendo que la posesión del papel justificaba su derecho al premio, Colm recogió sus ganancias.

—Casi me muero —confesó cuando llegó a casa— cuando me dieron las diez libras contantes y sonantes. —Extendió los billetes sobre la mesa, y ambos, él y Brenna, se quedaron mirándolos, incapaces de creer en su suerte—. Sin duda, esa bendita Virgen tuya debía de estar sonriéndome el día que conocí al tal señor Thomas Doughty —resumió Colm, encantado.

Brenna estuvo de acuerdo. Tenía una fe total en la Santa Virgen.

Colm quería que todo el mundo se enterase de su buena suerte. Escribió a Paddy a Liverpool y se lo contó, lo anunció en el pub, presumió de ello por la calle, hasta que todo Lahmera se enteró de que a los Caffrey les había llovido la suerte del cielo. Los abrumaron con historias de adversidades y acudió gente con la pretensión de que les prestaran algo. Brenna estaba aterrorizada, preocupada porque alguien entrase en la casa y les robara su precioso dinero mientras, allí sentada, pensaba en un millón de formas de gastárselo.

Entonces Paddy, el hermano de Colm, contestó diciendo que había encontrado una casa estupenda junto a la suya en Toxteth. «Manda las diez libras —decía en su carta Paddy—. El casero querrá un depósito y yo compraré camas, sillas y una mesa de modo que todo esté listo y esperándoos cuando lleguéis.» En otras palabras, se comprarían una nueva vida con su golpe de suerte y dejarían la fila de casas de un piso y dos habitaciones, parecidas a cobertizos para animales, para ir a una casa estupenda en Toxteth.

Pasaron semanas antes de que Paddy escribiese diciendo que acudieran rápido, que tenía una gran sorpresa esperándolos. Dieron por hecho que la gran sorpresa era una casa y se marcharon en seguida, esperando que el nuevo bebé naciera en la nueva casa.

Antes de eso, cuando Brenna vio cómo Colm metía los diez billetes en un sobre y después escribía laboriosamente la dirección, sacando la lengua por la comisura de la boca, dijo: «¿No crees que deberíamos guardarnos una libra y comprar ropa nueva para ir a Liverpool?»

«Compraremos ropa cuando nos establezcamos. Conseguiré un buen trabajo, como el de Paddy, y en Navidad tendrás un abrigo de pieles mejor que el de la señorita Francesca O'Reilly.» Colm era un hombre de lo más optimista.

En aquel momento, mientras trataba de protegerse de la lluvia, Brenna recordó que nunca había creído que Paddy tuviera un trabajo tan bueno como decía. De algún modo, nunca fue capaz de imaginar a Paddy Caffrey como funcionario de aduanas. Era un fanfarrón

mucho mayor de lo que sería nunca Colm. Su madre, Magdalena, fue igual en vida; insistía en que los Caffrey descendían de un famoso poeta irlandés del que Brenna jamás había oído hablar.

Fergus y Brenna se marearon en el barco, y ella no se había recuperado aún. Tenía las piernas como de gelatina y le latía el corazón como desbocado en el pecho mientras el bebé le daba patadas en el vientre. Y ahora tenía que preocuparse por Paddy, que había desaparecido con sus diez libras, lo cual la hacía sentirse todavía peor.

La lluvia goteaba por los bordes de la gorra de lana de Tyrone.

—No encontramos al tío Paddy por ninguna parte, ma —anunció alegremente el pequeño.

Fergus empezó a llorar.

—Tengo frío, mami, y estoy cansado.

Brenna miró a su marido.

—¿Cuánto tiempo vamos a esperar, Colm?

Colm se encogió de hombros.

—Esperaremos hasta las nueve. Si nuestro Paddy no ha llegado para entonces, tendremos que ir solos hasta Toxteth. Está al otro lado de donde están construyendo la gran catedral protestante, eso me dijo Paddy.

—¿Mandó la dirección de nuestra nueva casa?

—No, Bren. Iba a venir a buscarnos con la llave.

Brenna se mordió el labio inferior.

—Entonces ¿sabemos dónde vive Paddy?

—Tengo sus cartas en el bolsillo. Es en Stanhope Street número catorce.

—¿Por qué crees que no ha venido, Colm?

Él no la miró a los ojos al responder:

—Quizá se haya equivocado de día, o de hora. A lo mejor le ha surgido algo.

—O a lo mejor se está emborrachando en algún pub. Con nuestro dinero. O se lo ha jugado, lo ha perdido, y no hay ninguna casa a la que podamos mudarnos —expresó Brenna amargamente.

Paddy era un jugador empedernido. La sola idea de que pudiera ser tan traicionero le provocó una oleada de mareo que la hizo sentarse. Una taza de té caliente le habría ido de maravilla. No habían comido ni bebido nada desde la mañana. Odiaba sentirse tan débil, cuando normalmente era una mujer fuerte.

—Nuestro Paddy nunca nos haría eso —dijo Colm, no muy convencido.

—Hemos sido demasiado confiados, Colm. Deberíamos haber traído las diez libras con nosotros y buscar nuestro propio lugar donde vivir.

—No hables así, Bren, me asustas. Diez libras. ¡Diez libras! —repitió con tono horrorizado. Nunca, en toda su vida, había esperado tener tanto dinero—. Nuestro Paddy vendrá.

Pero a las nueve, Paddy seguía sin aparecer. Colm preguntó a un hombre por dónde quedaba Toxteth y él le dijo cómo ir.

—Pero puede tomar el tranvía, amigo. Es el número uno.

Colm le dio las gracias, se echó a la espalda la bolsa que contenía todas sus posesiones terrenales y se pusieron en marcha. A pesar del frío y del estado de Brenna, no era cuestión de gastar ni un penique en el tranvía cuando tenían cuatro pares de piernas en perfecto estado.

La lluvia era más ligera ahora, pero igual de constante, y penetraba a través de sus finas y ya empapadas ropas. Un quejumbroso y mocososo Fergus agarraba la mano de su madre, con el cuerpo flojo, de modo que ella tenía que arrastrarlo, cuando apenas podía arrastrarse ella misma. Sentía un dolor terrible en la boca del estómago y le dolía la espalda. Le dolía todo pero, sobre todo, la fuerte sospecha —más bien la seguridad, en aquel momento— de que Paddy Caffrey los había traicionado y que la nueva vida iba a resultar peor que la antigua.

A aquella hora de la noche, el centro de Liverpool estaba casi desierto, aunque Brenna no se daba cuenta. Caminaba con los ojos fijos en el suelo; alzaba la vista de vez en cuando para asegurarse de que Colm seguía a su alcance, caminando con seguridad. Tyrone corría tras sus talones. No vio el imponente edificio de oficinas junto al que pasaron, las grandes tiendas, los ruidosos pubs, y sólo era vagamente consciente del ruido silbante emitido por las farolas de gas, que difundían un resplandor tenue y amarillento.

De repente, Colm se detuvo y aguardó a que ella lo alcanzara.

—Me he perdido, Bren, pero creo que ya casi estamos. Tengo que preguntar a alguien si sabe dónde está Stanhope Street.

Unas puertas más allá, un hombre había salido de una joyería y estaba cerrando la puerta. Colm se acercó y le habló. Volvió un minuto más tarde.

—¿Está lejos? —preguntó Brenna, esperanzada.

—No sé. Me ha dicho que volviera a Irlanda y me llevara conmigo a mi asquerosa familia. —Colm sonrió, pero había dolor en sus ojos—. Ah, mira, le preguntaré al tipo ése de la bici.

Agitó la mano para llamar la atención del hombre y la bicicleta acabó por detenerse vacilante.

—Los frenos no funcionan —anunció alegremente el hombre—. ¿Stanhope Street? —repitió al oír la pregunta de Colm—. Atraviese Par-

liament Terrace, justo detrás de usted, y llegará a Upper Parliament Street. Gire a la izquierda y verá Windsor Street a la derecha. Stanhope Street es la segunda a la izquierda.

—Gracias, hombre. Venga, Bren.

Tyrone y él se fueron por el pasaje que les había indicado el hombre y desaparecieron.

La corta espera había sentado bastante mal a Brenna. La pura fuerza de voluntad la había mantenido en marcha, pero descubrió que le era imposible continuar. Apretó los dientes y quiso obligar a sus piernas a caminar, pero el dolor de estómago era más intenso ahora, muy agudo.

—Mami —lloriqueó Fergus—, no puedo andar más.

—Tendrás que hacerlo, hijo. Agárrate a mi mano.

Dio la vuelta a la esquina, doblada como una anciana, tambaleándose ligeramente, respirando con dificultad. Colm se había detenido a cierta distancia, más adelante, con la bolsa en el suelo y Tyrone subido a sus hombros. Estaban delante de una hilera de majestuosas casas que formaban una ligera curva, con anchos escalones que conducían a las inmensas puertas de entrada flanqueadas por dos columnas blancas.

—¡Ven a ver esto, Bren! —gritó—. ¡Menuda visión!

Colm no tenía la menor idea de lo mal que se sentía. De algún modo, sin saber cómo, consiguió llegar junto a él.

—Hay una fiesta, mamá —rió Tyrone—. Una fiesta. ¡Mira!

Con la vista borrosa, vio una habitación lujosamente amueblada con una brillante araña colgada del elegante techo, espejos y cuadros en las paredes, y veinte o treinta personas, tan ricamente vestidas como la propia habitación, que, de pie con vasos en las manos, reían y hablaban animadamente.

Su mirada cansada se posó en la habitación inferior: un sótano al cual se llegaba desde la calle por medio de empinados peldaños de cemento detrás de una barandilla de hierro negro, en el que tres mujeres llenaban bandejas con aperitivos. Dos de las mujeres, vestidas de negro con cofias y delantales blancos, salieron con una bandeja cada una.

—Tengo hambre, mami —susurró Fergus. Debía de haber visto la comida.

Brenna no contestó. Nunca antes se había planteado su posición en la vida. Era pobre, siempre había sido pobre y casi todas las personas que conocía eran pobres. Había alguna gente acomodada en Lahmera, el pueblo donde había nacido y crecido: el granjero para el que trabajaba Colm, el médico, el director del banco, el abogado y Francesca O'Reilly, que vivía sola en una casa grande a las afueras del pueblo. Miss O'Reilly fue actriz en su juventud, y Brenna había ido a limpiar

a su casa desde los doce años hasta el día antes de casarse con Colm, pero ni siquiera su casa era comparable a aquélla.

Volvió a mirar hacia la gran sala donde se estaba celebrando la fiesta. Dos mujeres de su misma edad estaban de pie junto a la ventana riendo alegremente por algo. Su ropa, o lo que podía ver de ella, estaba hecha de encajes y adornada con cuentas. Una llevaba una pluma negra en el pelo, un collar de plata alrededor del cuello blanco y esbelto, y lucía pendientes a juego que brillaban y bailoteaban cuando ella movía la cabeza.

No parecía justo. No era justo que tuviera que estar de pie bajo la lluvia, con un nuevo bebé en el vientre, con sus hijos muertos de hambre y la ropa empapada, mientras aquellas mujeres, tan bien vestidas, se ponían las botas. Una oleada de amarga envidia la atravesó, con tal fuerza que gimió agarrada a la barandilla y mirando a las mujeres, preguntándose por qué el destino las había tratado de manera tan diferente. Entonces una de ellas, la de los pendientes brillantes, la vio mientras miraba y cerró las cortinas, con una mueca de desagrado en su agraciado rostro.

—Vamos, Brenna.

Colm asió la bolsa y empezó a alejarse. Tyrone trotaba detrás de él.

—No puedo.

La barandilla la estaba sujetando. Si la soltaba, se caería. El dolor de estómago se había vuelto insoportable y, con un sentimiento de horror, se dio cuenta de que el bebé estaba llegando.

—Colm —le llamó, débilmente.

Él se dio la vuelta, vio su rostro agónico y se acercó rápidamente.

—¿Qué pasa, Bren? —En su rostro se reflejó la angustia—. ¡Jesús, María y José! No será el crío, ¿verdad? —Brenna asintió—. ¿Qué demonios hacemos ahora? —preguntó desconcertado.

—Busca a un guardia —masculló ella. Un policía les diría qué hacer, dónde ir a buscar ayuda—. Date prisa, cariño, date prisa —urgió, mientras él se quedaba allí, inmóvil, con la boca lo bastante abierta como para pescar un pez.

Colm echó a correr hacia Upper Parliament Street, dejando atrás la bolsa.

—Ven y siéntate en los escalones, mamá —le pidió Tyrone mientras le rodeaba la cintura con los brazos.

—Aquí no, hijo. —Era la casa donde se daba la fiesta—. En la puerta de al lado, y tampoco en los peldaños delanteros, en los laterales, donde nadie pueda vernos.

Había una luz en el porche, en tanto que los escalones laterales que conducían al sótano estaban a oscuras.

—Hay un tejadillo sobre la puerta, y allí puedes refugiarte de la lluvia.

Brenna consiguió bajar las escaleras y sentarse abajo, con las piernas abiertas porque le era imposible mantenerlas de otra manera. Los niños se acurrucaron a ambos lados: Fergus moqueaba e insistía en lo mal que se sentía, mientras Tyrone le acariciaba el cuello y musitaba palabras de consuelo.

Y ahora, por Dios, ¿pues no sentía afán de empujar? Deseó con toda su alma estar en Lahmera, donde tenía una cama en la que acostarse, donde las mujeres, sus vecinas, acudirían en tropel para ayudarla a tener a su hijo, como ella las había ayudado a su vez. Cuando hubiera acabado y el bebé se encontrara en el cajón de madera que había servido de cuna para Fergus y Tyrone, alguien prepararía un té. A los niños ya se los hubieran llevado a otra casa y Colm se habría llevado a sí mismo al pub.

Hizo lo que pudo para sofocar un grito cuando sintió un dolor entre las piernas que amenazaba con desgarrárselas. Se le arqueó el cuerpo, soltó un débil gemido y Tyrone se puso en pie de un salto, llamando a la puerta del sótano con todas sus fuerzas.

Una mujer con expresión irritada la abrió al cabo de unos segundos, diciendo:

—Toma un penique, cómprate unas patatas. Ahora, lárgate, pillastre. Tengo un millón de cosas que hacer esta noche.

Estaba a punto de volver a cerrar la puerta cuando Tyrone se coló dentro.

—Mi mamá está mala, señora.

Dicha la frase, estalló en sollozos. Tyrone podía llorar a mares cuando le convenía.

La mujer asomó la cabeza por la puerta y vio a Brenna balanceándose en el último escalón, con la falda por encima de las rodillas, a punto de dar a luz.

—¡Por todos los santos! —gritó—. Hoy salen bebés de las paredes en esta casa. Será mejor que entre. El señor Allardyce me va a matar si lo descubre, pero yo me muero antes que dejar a una pobre mujer embarazada en la calle con esta lluvia.

Un par de fuertes brazos incorporaron a Brenna, y fue literalmente arrastrada al interior de una cálida cocina llena de vapor procedente del calentador de agua y de varios cazos que borboteaban en el fuego.

—No puede quedarse aquí —murmuró la mujer.

Brenna fue arrastrada de nuevo a través de otra puerta hasta un confortable cuarto de estar donde ardía un fuego y las brasas resplandecían en el hogar. Un pájaro amarillo en una jaula redonda canturreaba una

bienvenida y un gato anaranjado, enroscado en el sofá, alzó la cabeza y la miró soñoliento. Los dos niños entraron detrás, Tyrone arrastrando la bolsa, que era más grande que él.

La parturienta fue recostada suavemente en el suelo y se les dijo a los niños que se escondieran tras el sofá.

—No es algo que deban ver ojos tan jóvenes —sentenció severamente la mujer.

Tyrone dijo que iba a salir a esperar a su padre, que había ido a buscar a un guardia.

—Desde luego, este niño tiene una cabeza sensata sobre los hombros —dijo la mujer cuando se fue Tyrone—. ¿Qué edad tiene, niña? —Se arrojó en el suelo y empezó a quitarle a Brenna la raída ropa interior—. Todo está empapado —gruñó.

—Cuatro.

«Cuatro para cuarenta», solía decir Colm de su hijo menor, al que prefería a Fergus, que ahora lloriqueaba en silencio tras el sofá.

—Creí que era uno de esos niños que suelen venir a pedir dinero para comer. Les daría más de un penique, pero entonces vendrían más, pobrecillos. ¿Cómo te llamas, niña? Yo soy Nancy Gates.

—Brenna Caffrey. El que llora es Fergus y Tyrone el que se ha ido a esperar a su papá.

Se sentía mucho mejor al calor, el corazón le latía con normalidad y ya no sentía deseos de empujar; quizá hubiera sido el pánico y el miedo lo que le había dado las ganas. Nancy Gates parecía muy eficaz. Una mujer grande, huesuda, de cuarenta y tantos años con voz profunda, brazos enormes y actitud impaciente, con ojos dulces en una cara picada de viruelas.

—¿Y qué estabas haciendo, Brenna Caffrey, vagando por Parliament Terrace a una hora tan tardía en una noche tan mala, y a punto de dar a luz? —quiso saber, dirigiendo una mirada inquisitiva a Brenna, como si le dijera que había sido sumamente irresponsable.

—No esperaba el niño hasta dentro de quince días. Y respecto a lo demás... —Le contó a Nancy por qué habían salido de Irlanda y que estaban esperando a Paddy, a quien le habían enviado las diez libras que Colm había ganado para que les buscara una casa—. Estuvimos tres horas en el muelle, pero el muy cabrón no apareció. Íbamos a buscarlo cuando... —Brenna se encogió de hombros. Nancy ya sabía el resto—. Es usted una mujer buena y generosa —añadió—, dejándonos entrar así en su casa. No lo habría hecho cualquiera.

—No es mi casa, niña. Sólo soy el ama de llaves y cocinera, aunque también vivo aquí. Éste es mi cuarto de estar y mi dormitorio está ahí

detrás. —Colocó un cojín bajo la cabeza de Brenna—. Me parece que al señor Allardyce no le va a gustar mucho encontrarte aquí esta noche precisamente. Su mujer está arriba haciendo exactamente lo mismo que tú, tener un niño, pero ella arma una buena. —Se oyó un tenue grito y Nancy guiñó los ojos—. Ahí está otra vez, la pobre. A ella no le importaría que estuvieras aquí, aunque no es que tenga mucho que decir desde que se casó con él.

—¿No debería usted subir a verla?

—No me necesita, Brenna. El doctor Langdon y una enfermera están con ella. Lo único que tengo que hacer es hervir agua y tener un montón de gasas limpias a mano. Lo que me hace pensar que debería ponerte unas cuantas debajo, por si el niño aparece y no estamos mirando. —Desapareció en la cocina y volvió con una sábana fina que estaba en mejor estado que las que se había traído Brenna de Irlanda—. ¿Tienes una muda de ropa en esa bolsa que llevas? —preguntó—. No es nada bueno para ti, ni tampoco para los críos, que andéis por ahí con esa ropa mojada. Parece que Fergus se ha dormido. A ver si vais a pillar una neumonía...

Brenna no respondió. Lanzó un gemido, enseñó los dientes y se las arregló para no gritar cuando el bebé anunció su inminente llegada por segunda vez aquella noche...

—¡Nancy! —gritó Marcus Allardyce desde lo alto de las escaleras que llevaban a la cocina.

—¿Sí? —Tras una breve pausa, Nancy apareció abajo.

—Quiero un poco de té, muy cargado.

—¿Y la señora Allardyce y los demás?

—¿Qué pasa con ellos? —gruñó Marcus.

—¿También quieren tomar algo?

—No sé. Tendrás que preguntárselo a ellos.

Marcus no tenía intención de entrar en la habitación donde su cobarde esposa estaba dando a luz a su segundo hijo; un hijo que probablemente le gustaría tan poco como el primero. Anthony, de cinco años, era un niño triste y poco comunicativo y Marcus tenía la sensación de que le pasaba algo raro.

Desde su dormitorio del piso superior, Eleanor volvió a gritar: sonaba como un gato dolorido.

—No empuje todavía, señora Allardyce —oyó que le decía el médico.

—¡No puedo evitarlo! —chilló Eleanor.

¿Era necesaria tanta conmoción? Dar a luz parecía un acto muy simple y natural. Marcus fue hasta su estudio en la parte posterior

de la casa, consciente de que sus pies se hundían en la gruesa alfombra. Pasó la mano sobre el escritorio victoriano con su cubierta de cuero repujado, y miró complacido el tintero de cristal con tapa de plata y los demás complementos caros del escritorio, como un teléfono negro con disco de marfil. Aquellas cosas le daban muchas satisfacciones y las tocaba a menudo. Todas habían pertenecido a su suegro.

Podía recordar muy bien que, cuando era pequeño, su padre poseía cosas parecidas. Peter Allardyce había heredado una compañía naviera floreciente y una gran casa en Princes Park, pero cuando Marcus tenía diez años, todo se lo llevó la trampa, debido a la incompetencia de su padre, su adicción al alcohol y una obsesión por las mujeres fáciles. Su esposa, antes tan delicada, sumamente dolida, se vio obligada a mudarse con sus dos hijos a una casita en Allerton. Nunca dejó de quejarse a quien la quisiera oír: «Esto no es a lo que yo estoy acostumbrada, ¿sabes?»

Quedó en el banco el dinero suficiente para seguir viviendo algunos años si prescindían de los lujos. Marcus y su hermana mayor, Georgina, dejaron sus escuelas privadas e ingresaron en establecimientos locales donde la educación era pésima y tuvieron que mezclarse con niños de la clase obrera.

Su padre aguantó en casa durante un año pero, incapaz de soportar la incesante retahíla de quejas de su mujer, se marchó y se fue a vivir con una mujer que tenía una mercería en Smithdown Road. En las rarísimas ocasiones en que su esposa y sus hijos lo vieron, parecía sumamente feliz.

Cuando Georgina cumplió dieciocho años, se escapó a su vez y se casó con un administrador de la Cunard Line. Marcus y su madre no se tenían más que a sí mismos para protestar sobre la tremenda injusticia que la vida había cometido con ellos.

Obligado a abandonar la escuela a los trece años, empezó a trabajar en una firma de contables locales como mensajero y chico de los recados —al menos aquello significaba que se tenía que vestir de forma respetable—, al tiempo que estudiaba por las noches: teneduría de libros, contabilidad y revisión de cuentas, así como las ramas de las matemáticas que no había tocado en la escuela, como álgebra, geometría y cálculo. El *Financial Times* llegaba a la oficina cada día, y él descubría acciones y bonos y leía acerca de las oscilaciones del mercado de valores.

Cuando cumplió los dieciséis años, se había convertido en auxiliar de oficina, pero no tenía posibilidades de llegar a ser contable sin los títulos de los que tristemente carecía. Aparte de lo cual, suponiendo

que la firma lo emplease como aprendiz, tendría que pagar una buena cantidad, que se le devolvería en forma de salario. No había nada que hacer. Su madre se estaba debilitando y cada vez era más exigente. Su sueldo apenas bastaba para que vivieran ambos.

Arriba, Eleanor volvió a gritar y él se preguntó dónde estaría el té que había pedido. Oyó pasos que bajaban por las escaleras y una voz masculina que llamaba:

—¿Señor Allardyce?

Era el doctor Langdon. Marcus salió al pasillo. El doctor lo miró radiante.

—Le comunico que es usted padre de una saludable niña. Su esposa está todo lo bien que se puede esperar. Es una mujer delicada, y tener hijos no le resulta fácil. Ella, y el bebé, le están esperando.

Eleanor parecía haber dado a luz a una docena de bebés, no sólo uno. Yacía en la cama, con la cara blanca, el pelo lacio y los ojos apenas abiertos, como si le hubieran sacado toda la energía que pudiese tener. Cuando vio acercarse a su marido, trató de alzar la mano, pero ésta volvió a caer sobre la colcha, como si no tuviera huesos.

—Tenemos una hija, Marcus —susurró—. Me gustaría llamarla Sybil. ¿Te gusta?

—Es un nombre bonito.

A él le daba igual cómo se llamara la niña. Disciplinado, se acercó a mirar la cuna que estaba junto al lecho y vio una pequeña criatura pálida profundamente dormida bajo las sábanas de encaje. Tocó su suave barbilla con lo que esperaba que fuese un gesto paternal y luego, por guardar las apariencias, besó la húmeda y brillante mejilla de Eleanor murmurando:

—Felicidades, cariño.

—Díselo a Anthony —murmuró ella—. Dile que tiene una hermanita. Debe de haberse asustado con el ruido.

Marcus asintió, aunque no tenía intención de decirle nada a Anthony. Cuanto menos viera a su hijo, mejor. Salió de la habitación tan pronto como pudo —el médico estaba hablando de dar unos puntos— y volvió a su estudio. Sobre la pared que estaba tras su escritorio había una gran fotografía enmarcada. La estudió concienzudamente. En la parte inferior del paspartú, entre la foto y el marco, en una placa de cobre, estaba escrito «*H.B. Wallace & Co, 1918*». Marcus se hallaba en el centro de la fila delantera, donde estaban sentados los más antiguos y el personal de la oficina: el subdirector y su ayudante, dos capataces, el contable, el tenedor de libros, las hermanas McMahan —ambas mecanógrafas— y el secretario de Marcus, Robert Curran. Los opera-

rios de la fábrica se encontraban detrás, un total de cincuenta y dos: los más bajos delante y los más altos detrás. *Sus* empleados. Se frotó las manos. *Suyos*.

Marcus era el propietario y director general de H.B. Wallace & Co., algo que nunca habría ocurrido si no hubiera conocido a Eleanor Wallace inmediatamente después de que su novio hubiera caído en el frente durante el primer mes de guerra.

Él tenía treinta años, seguía trabajando como empleado, y se había dado cuenta, para su desconuelo, que aunque era perfectamente capaz de dirigir una empresa, no tenía la menor idea de cómo poner en marcha una. Carecía de conocimientos empresariales, contrariamente a su bisabuelo, que había comprado un viejo pesquero y acabó siendo propietario de una próspera empresa naviera.

Por entonces su madre había muerto y él tomó un realquilado para ganar algún dinero extra, gran parte del cual se gastaba en mejores ropas, mejor comida y buen vino; era un hombre pobre con gustos de hombre rico. Consiguió ahorrar cincuenta libras, aunque tardó mucho tiempo en reunir las, y las invirtió en el mercado de valores, convencido de que podría duplicarlas y amasar así una fortuna. En lugar de ello, al cabo de pocas semanas había perdido más de la mitad, y se asustó demasiado como para arriesgar de nuevo su dinero.

Eleanor estaba a punto de romper a llorar cuando se conocieron. Se hallaba en el vestíbulo del teatro Empire y le agarró el brazo cuando pasaba a su lado camino del gallinero, donde los asientos costaban sólo seis peniques.

—¿Le importaría dar un mensaje a mis amigos que están en la tercera fila de butacas? —preguntó con voz temblorosa—. Dígales que he perdido la entrada y me voy a casa.

—Estoy seguro de que el director la creará si le explica que ha perdido la entrada —dijo mientras la observaba: era una de esas mujeres tímidas e indefensas que le disgustaban especialmente, e iba demasiado bien vestida para que la dirección, obviamente, pensara que pretendía entrar sin pagar.

—Es que no quiero ver *El Mikado* —gimió—. No quería venir, pero mis amigos insistieron. Estoy demasiado triste para soportar una obra de teatro. Preferiría irme a casa.

Él volvió a mirarla. Tendría unos dieciocho años, era bonita a su manera pálida y desdibujada, lucía un vestido negro de satén de seda con un canesú y dobladillo bordados bajo una capa de terciopelo verde oscuro y llevaba un bolso de noche de pedrería en las manos enguantadas. La madre de Marcus lo había aburrido describiendo la ropa que

solía llevar antes comparada con la que tenía que llevar entonces, y se dio cuenta de que las ropas de la joven habían costado una considerable cantidad de dinero.

—¿Por qué no me deja que la lleve a casa? —sugirió amablemente—. Puede contarme por qué está tan triste.

—Gracias, pero no. Tengo que llamar a mi padre y él me enviará el coche.

¡Tenía teléfono, un coche y chófer! No podía dejarla marchar.

—¿Y si la invito a cenar?

Le dedicó su sonrisa más amplia y seductora; si la situación lo requería, podía ser el hombre más encantador del mundo y las mujeres parecían encontrarlo atractivo, lo cual le sorprendía bastante, pues consideraba que sus rasgos eran bastante toscos: nariz grande, labios demasiado gruesos, cejas muy juntas y pobladas. Sus ojos eran de color gris oscuro, el cabello, castaño y muy espeso; en cambio, estaba bastante orgulloso de su poblado bigote.

—No me gusta ver tan disgustada a una bella dama —agregó.

Ella le devolvió la sonrisa, incapaz de resistirse.

—Oh, de acuerdo, pero le resultaré una compañía sumamente aburrida. ¿Y qué ocurre con su entrada para *El Mikado*?

—He venido a comprar una para otra noche —mintió—. ¿Me perdona un minuto mientras voy a la taquilla?

No estaba dispuesto a perder seis peniques si podía evitarlo y se sintió feliz cuando le devolvieron el dinero.

A partir de aquella noche, Marcus abrumó a Eleanor Wallace con flores y regalos de poco precio, aunque de buen gusto. La invitó a cenar, al teatro, al Philharmonic Hall, la llevó a Southport los domingos para tomar el té en una elegante pérgola en la que un pianista tocaba discretamente al fondo... Invertía cada penique que tenía en hacerla feliz y procurar que olvidara el recuerdo del novio a quien habían matado en la guerra, hasta el punto de que a veces llegaba a pasar hambre y aun tenía que ir andando a la oficina porque no tenía dinero para pagarse el billete del tranvía.

Eleanor era una inversión, y esta vez estaba decidido a triunfar. Era hija única, su madre había fallecido e iba a heredar la próspera compañía de amianto de su padre, por no hablar de toda su riqueza, que incluía una imponente propiedad en Parliament Terrace y un Wesley sedán marrón oscuro con asientos de cuero de color crema. El hecho de que la joven lo pusiera nervioso hasta producirle dentera no importaba demasiado.

Para su satisfacción, Eleanor se fue rindiendo poco a poco a sus encantos, y seis meses después de haberse conocido, se casaron. Lo

único que lamentaba Marcus era que su madre no viviera para que pudiese asistir a la extravagante boda.

Se llevaba bien con su suegro. Para Herbert Wallace, Marcus era un hombre de los que le gustaban: siempre conocía el estado del mercado de valores, se le daban muy bien los números, tenía un conocimiento profundo del funcionamiento de los negocios... Marcus le mintió al contarle que su pequeña empresa de herramientas se había ido al traste por culpa de la actividad delictiva del contable jefe, por lo que el banco les retiró el crédito. Añadió que sólo utilizando todo su capital consiguió evitar la cárcel.

—Pero no voy a dejar que eso me hunda —afirmó estoicamente—. Volveré a empezar en cuanto haya ahorrado lo suficiente en mi actual trabajo. Lo considero como una situación temporal.

—¡Buen chico! —Herbert le palmeó la espalda—. Eso es lo que me gusta ver: iniciativa. Escucha, ¿por qué no vienes a trabajar conmigo? Después de todo, cuando me retire, la empresa será tuya. ¿Por qué no te vas familiarizando con ella ya?

Aquello era algo por lo que Marcus suspiraba. Consiguió parecer complacido, pero, al mismo tiempo, dubitativo.

—¿Estás seguro?

—En mi vida he estado tan seguro de algo.

Lo sintió de verdad cuando, en el invierno de 1915, Herbert falleció inesperadamente de un ataque al corazón mientras dormía, sólo dos semanas antes del nacimiento de su primer nieto, que tanto había deseado.

Marcus recordó la noche en que nació su hijo. Se sintió tan poco conmovido como lo estaba aquella en que llegó su hija. La única persona a quien había amado jamás era su madre, y se preguntaba si sería capaz de amar a otro ser humano. Lo que más le gustaban eran las cosas: cosas caras como la casa y el coche, la ropa a medida, los muebles hechos a mano, los exquisitos adornos...

Se dio cuenta de que aún no le habían llevado el té que había pedido hacía al menos media hora. En el estudio no disponía de una campana para llamar a la servidumbre; hacía años que estaba pensando en comprar una.

Fue hasta lo alto de las escaleras y estaba a punto de llamar a Nancy cuando se le ocurrió que la razón de la tardanza era que habría estado ayudando en el nacimiento del bebé. Estaba a punto de volver al estudio cuando, desde abajo le llegó la risa de una mujer. Era una risa cristalina, alegre, y no pertenecía a Nancy, cuya voz era al menos una

octava más baja. Llevado por la curiosidad, bajó. Encontró la cocina vacía, pero la puerta del cuarto de estar de Nancy estaba parcialmente abierta. Dentro oyó voces de mujeres.

—Dos niñas, nacidas con una diferencia de unos minutos una de otra —estaba diciendo Nancy—. Las chicas de septiembre: Sybil y Cara, dos bonitos nombres.

—«Cara» significa «amiga» en irlandés antiguo —dijo la otra mujer. Se rió—. ¡Ah, ahora que todo ha terminado, me siento otra mujer! Podría correr alrededor de la manzana con un saco de patatas en la cabeza.

—Será mejor que no lo intentes —le aconsejó Nancy.

Marcus se acercó hasta la puerta y echó una mirada dentro. Nancy, de pie, le daba la espalda, y la otra mujer sólo tenía ojos para el bebé que llevaba en brazos. Se quedó sin aliento. No creía haber visto nunca antes una belleza igual. Estaba sentada en el suelo, con la espalda apoyada en el sofá, y parecía radiante: ojos azules como estrellas en un rostro delgado, una gran mata de pelo rojo dorado que le caía desordenado por los hombros. Llevaba una especie de camisón, desabrochado por delante, que dejaba ver sus senos llenos y blancos. Una oleada de aturdimiento le invadió y sintió el deseo de tocarlos, de apretar la carne blanca y besar los pezones rosados e hinchados, sepultar la cabeza en su suavidad.

El bebé estaba despierto; una niñita: Cara. Movía las manos y hacía ruiditos, gorjeos de pájaro. Un minúsculo piececillo salía de debajo del chal en el que estaba envuelta, dando vigorosas patadas.

—Colm se sorprenderá cuando vuelva —dijo la mujer. Tenía un fuerte acento irlandés—. Esperaba que tuviéramos otro niño.

—¿Se ha perdido papá? —preguntó una voccecita, y entonces Marcus se dio cuenta de que había un niño de corta edad sentado a la mesa, comiéndose un bocadillo. Parecía tener la misma edad que Anthony y era un crío muy guapo.

—Vendrá dentro de un momento, cariño. Ya sabes, salió corriendo a buscar a un guardia. ¿Qué opinas de tu nueva hermana, Fergus?

Fergus parecía más interesado en el bocadillo que en el bebé.

—Está muy bien, mamá —dijo sin levantar la mirada.

—Es hora de hacer una taza de té —dijo Nancy.

Marcus retrocedió a toda prisa. Cuando Nancy salió, él estaba de pie en medio de la habitación tratando de parecer sumamente enojado.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó—. Lo que he oído, ¿ha sido el llanto de un niño?

—Sí. —La voz de la mujer era tajante y le miró desafiante. No había

falsa simpatía entre ellos—. La madre se llama Brenna Caffrey. La encontré fuera, en los escalones, así que la metí aquí. El bebé llegó en seguida. Sé que a Eleanor no le importaría —añadió sibilinamente.

Eso sin duda era cierto. Nancy tenía mucha influencia sobre su esposa. Hacía mucho que Marcus hubiera querido deshacerse de ella, pero llevaba en la casa desde antes de que naciera Eleanor —prácticamente formaba parte de la familia— y su permanencia era una de las pocas cosas sobre las que Eleanor se había mostrado firme.

—¿Cuánto tiempo estará aquí?

Nancy se encogió de hombros.

—No lo sé. Su marido ha ido a buscar ayuda. Volverá de un momento a otro.

—Bueno, quiero que por la mañana se hayan ido.

—Muy bien.

Nunca lo llamaba «señor», tal como hacían los demás sirvientes.

—Creo que hace un buen rato he pedido un té —dijo él fríamente.

—Lo siento, lo olvidé. Lo voy a hacer ahora. ¿Dónde quiere que se lo lleve?

—A mi estudio.

—No tardaré mucho.

Marcus volvió a subir lentamente las escaleras y se sentó ante su escritorio con un suspiro. Pensó en su esposa, que yacía como un cadáver entre sábanas de seda, incapaz incluso de levantar la mano. A buen seguro, ni siquiera habría mirado al bebé, y mucho menos lo habría tocado, mientras que una resplandeciente Brenna Caffrey reía mientras tenía en brazos a su hijita. Quizá le resultara posible enamorarse de una mujer si tuviese algo más de vitalidad que Eleanor. Alguien como la mujer de abajo: Brenna Caffrey.

Se oyó una fuerte llamada en la puerta del sótano y Brenna dijo:

—Debe de ser Colm.

Nancy fue a abrirle y al cabo de un momento él entró corriendo en la habitación como un loco, seguido por Tyrone, que parecía como si se hubiera bañado con la ropa puesta, y una alta y arrogante monja con una túnica negra, que se quitó para revelar una cofia blanca almidonada con alas como una mariposa y un amplio hábito.

—El guardia me mandó a un convento, Santa Hilda —masculló Colm—. Esta es la hermana Aloysius: es comadrona. ¡Jesús, María y José! —Se apoyó contra la pared y rompió a llorar—. ¡Pues no ha nacido el niño mientras yo estaba fuera!

—Es una niña, Colm —dijo Brenna orgullosa—. La he llamado Cara,

como habíamos dicho que haríamos si tuviéramos una niña, aunque tú nunca creíste que fuera así.

La hermana Aloysius se arrodilló junto a Brenna y, sin demasiada suavidad, le arrebató a la niña de los brazos.

—¡Menuda alhaja eres, llegando así, tú sola! —cloqueó, como si la madre de Cara no hubiera tenido nada que ver con ello. Apoyó en la frente del bebé el crucifijo prendido a una cadena que llevaba alrededor de la muñeca y rezó una breve oración en latín—. ¿Está todo bien? —preguntó a Brenna con un tono de voz muy diferente, inflexible.

—Sí —contestó Brenna con el mismo tono tajante, pues la hermana Aloysius, fuera monja o no, no le gustaba nada—. Diez dedos, dos ojos, dos orejas, una nariz y una boca. Y tiene una señora voz.

—Y un hermoso pelo, del mismo color que el de Brenna —señaló Nancy—. Colm, ¿quieres sacar algo de ropa de esa bolsa para ti y para Tyrone, llevarlas a ese dormitorio y cambiaros? Si no, os moriréis de frío. Mientras tanto, prepararé una bebida caliente para los dos. —Colm y Tyrone desaparecieron en el dormitorio—. ¿Le apetece a usted una, hermana?

—No, gracias. Me voy a marchar, ya veo que no me necesitan. ¿Quiere que me lleve a los chicos conmigo, señora Caffrey? —preguntó, mientras paseaba la mirada con desdén por la pequeña habitación—. No parece que aquí haya sitio para que duerman esta noche.

—Ya le he dicho a Brenna que ella y Colm pueden dormir en mi cama; yo lo haré en el sofá —dijo Nancy generosamente—. Los niños dormirán en el suelo, porque ando algo escasa de camas.

—Entonces me los llevo —dijo autoritariamente la hermana Aloysius.

—Gracias, hermana. —Brenna se resistía a dejar marchar a los niños, pero sabía que iban a estar mucho mejor en el convento—. Espero que no sean una molestia.

—Nos ocupamos de dos docenas de niños en Santa Hilda, señora Caffrey, principalmente huérfanos. A ninguno se le permite ser una molestia. ¿Dónde está el otro pequeño? Me temo que no vamos a poder esperar a la hora del té.

Fergus y Tyrone estaban demasiado cansados para protestar cuando Colm los llevó hasta la puerta con la monja. Volvió poco después, con los ojos húmedos, y Nancy desapareció en la cocina. Brenna esperaba que Colm echase un vistazo como es debido a su hija, pero en lugar de ello, se agachó en el suelo junto a ella y dijo con voz ronca:

—Tengo noticias de Paddy, Bren. Cuando el guardia me estaba indicando el camino a Santa Hilda, me preguntó cómo me llamaba. Cuando se lo dije, quiso saber si era pariente de Patrick Caffrey, conocido como Paddy, y le dije que era mi hermano.

—¡Ay, Dios, Colm! —suspiró Brenna cansadamente—. ¿Dónde anda metido Paddy ahora, que tanto lo conocen los guardias?

Colm inclinó la cabeza y se persignó.

—Ha muerto, Brenna.

Brenna dio un respingo.

—Sólo tiene veintiocho años y una salud de caballo. No puede estar muerto.

—Lo está, Bren. —Ahora las lágrimas caían libremente por las demarcadas mejillas de Colm—. Fue asesinado delante de un pub. Ocurrió el sábado pasado. El guardia dijo que estaba despilfarrando el dinero, y algún cabrón lo siguió cuando salía y lo apuñaló en el corazón. Cuando lo encontraron, llevaba los bolsillos vacíos.

—¿Era su dinero el que estaba despilfarrando, o era el nuestro? —preguntó Brenna, claramente enojada. No solía ser una mujer de corazón duro, pero en aquel momento, con un nuevo bebé en los brazos y tras haber dejado que se llevaran a sus queridos hijos a un orfanato, se sentía más preocupada por sus diez libras que por el hecho de que Paddy hubiera sido asesinado.

—No lo sé, Bren —dijo Colm, desconsolado—. Ya no sé nada.

—Paddy decía en su carta que tenía una sorpresa para nosotros. Pensamos que se refería a una casa, pero ahora no creo que sepamos nunca lo que era.

Miró el hermoso rostro soñoliento de Cara y sintió que se endurecía aún más. ¿Qué iba a ser de ellos ahora?